

**John
Steinbeck**
PREMIO NOBEL DE LITERATURA

Las praderas del cielo



En este conjunto de relatos, Steinbeck comienza a utilizar un procedimiento que se repetiría más tarde en *El pony colorado* y *El valle largo*, el de reunir historias que conservan su valor autónomo y que a su vez están nucleadas por un centro referencial, que, de hecho, es geográfico: las llanuras del sur californiano.

A Steinbeck le interesan sus personajes, le interesa explicarnos por qué viven en esa región del mundo, qué tiene esa tierra para ellos, cuáles son sus deseos secretos, sus ambiciones, sus traumas; le interesa que sepamos si esas personas llegaron a *Las praderas del cielo* buscando algo o huyendo de algo, y que sepamos si encontraron lo que buscaban o no, si pudieron escapar o fueron atrapados.

Desde su título, este es un libro luminoso, o uno que aspira a cierta luminosidad. Lejos del gótico sureño, de su tensión y oscuridad, los relatos que forman *Las praderas del cielo* respiran amabilidad hacia el lector.

CAPÍTULO PRIMERO

Cuando se estaba construyendo la Misión Carmelo, de Alta California, allá por el año 1776, un grupo de veinte indios convertidos decidió una noche abandonar la religión y a la mañana siguiente se marchó de sus chozas. Además de ser un mal precedente, este pequeño cisma descabalo el trabajo en los hoyos donde se moldeaban los adobes.

Después de un breve concilio de las autoridades religiosas y civiles, un cabo español, con un pelotón de soldados de caballería, partió para restituir estas criaturas descarriadas al seno de la Madre Iglesia. La tropa realizó una marcha difícil hasta Valle Carmelo y, a través de las montañas de más allá, una no menos azarosa excursión, porque los fugitivos disidentes habían resultado maestros de la estratagemma al ocultar las huellas de su viaje. Transcurrió una semana antes de que la soldadesca los encontrara, pero al fin fueron descubiertos en el fondo de un desfiladero abundante en heléchos, por el cual fluía un arroyo; es decir, los veinte herejes estaban profundamente dormidos en actitudes de abandono.

La ultrajada milicia los detuvo y, a pesar de sus aullidos, los ató a una larga y fina cadena. Luego la columna volvió atrás y se dirigió de nuevo a Carmelo, para brindar a los pobres neófitos Una oportunidad de arrepentimiento en los moldes de barro.

Avanzada la tarde del segundo día, un cervatillo se alzó delante de la tropa y desapareció bruscamente al otro lado

de una colina. El cabo se separó de la columna y cabalgó en su persecución. Su pesado caballo subió la empinada cuesta tropezando y dando tumbos. Un zarzal extendió sus agudas garras en busca del rostro del cabo, pero él lo atravesó en pos de su presa. En pocos minutos llegó a la cima de la colina, y allí se detuvo, maravillado por lo que vio: un largo valle alfombrado de verdes pastos, donde pacía una manada de ciervos. Encinas perennes, perfectas, crecían en el prado del encantador lugar, y los cerros lo guardaban celosamente de la niebla y el viento.

El severo cabo se sintió débil ante una belleza tan serena. Él, que había azotado espaldas morenas hasta hacerlas jirones; é cuya rapaz valentía estaba fundando una raza nueva para California; este barbudo y salvaje portador de civilización, se deslizó de la montura y se quitó el casco de acero.

—¡Madre de Dios! —murmuró—. Éstas son las verdes praderas del cielo, a las cuales nos conduce Nuestro Señor.

Los descendientes son todos casi blancos ahora. Sólo podemos reconstruir la sagrada emoción de su descubrimiento, pero el nombre que el cabo dió al dulce valle entre los cerros permanece. Se le conoce hasta hoy como *Las Praderas del Cielo*^[1].

Por algún accidente jurídico estas tierras quedaron fuera del feudo. Ningún noble español llegó a ser su poseedor mediante el préstamo de su dinero o del de su esposa. Durante largo tiempo permanecieron olvidadas entre los cerros que las envolvían. El cabo español, el descubridor, siempre pensó en volver. Como la mayoría de los hombres violentos, ansió con sentimental avidez un breve instante de paz antes de morir, una casa de adobe junto a un arroyo y ganado husmeando las paredes durante la noche.

Una india le regaló la lúes, y cuando su rostro comenzó a marchitarse, buenos amigos lo encerraron en un viejo granero para prevenir la infección de los otros, y allí murió

tranquilamente, pues la lúes, aunque horrible a la vista, no es mala amiga para su huésped.

Después de mucho tiempo, unas cuantas familias de colonos usurpadores se trasladaron a Las Praderas del Cielo, levantaron cercas y plantaron árboles frutales. Como nadie era dueño de la tierra, riñeron mucho por su posesión. Después de cien años, había allí veinte familias en veinte pequeñas granjas. Cerca del centro del valle había un almacén general y una oficina de correos, y media milla más arriba, al lado del arroyo, una escuela llena de cortes e iniciales.

Las familias, al fin, vivieron prósperamente y en paz. Su tierra era rica y fácil de labrar. Los frutos de sus huertos fueron los mejores de California central.

CAPÍTULO II

Para las gentes de Las Praderas del Cielo, la granja Battle estaba maldita, y para sus niños, hechizada. Aunque era buena tierra, bien regada y fértil, nadie en el valle la codiciaba, nadie quería vivir en aquella casa, pues tierras y casas que fueron cuidadas, queridas y labradas, y finalmente abandonadas, parecen siempre saturadas de tristeza y de amenaza. Los árboles que crecen alrededor de una casa abandonada son árboles oscuros y la sombra que arrojan sobre el suelo tiene formas sugestivas.

Durante cinco años, la vieja granja de Battle había permanecido vacía. Las malezas, con una energía festiva, libres del miedo al azadón, crecieron altas como arbustos. En el huerto, los árboles frutales estaban nudosos, fuertes y retorcidos. Aumentaron la cantidad de sus frutos y disminuyeron su tamaño. Las zarzas crecían junto a sus raíces y se tragaban las frutas caídas.

La misma casa, un local cuadrado, bien construido, de dos pisos, había sido digna y hermosa cuando su blanca pintura era fresca; pero una singular historia posterior le había dejado entorno un aire intolerablemente solitario. Las malezas alabearon el entablonado de los pórticos y las paredes estaban grises por desgaste atmosférico. Los chicos, lugartenientes del tiempo en guerra contra las obras del hombre, habían roto todos los cristales y acarreado toda cosa movable. Los niños creen que todos los artículos portátiles que carecen de dueño evidente, si los llevan a sus ca-

sas, pueden destinarse a algún uso divertido. Los muchachos habían destripado la casa, llenado los pozos con diversas especies de basuras, y un día, por casualidad, mientras fumaban en secreto tabaco de verdad, habían quemado el viejo granero hasta sus cimientos. El incendio se atribuyó unánimemente a algunos vagabundos.

La abandonada granja no estaba situada muy lejos del centro del estrecho valle. A ambos lados, limitaba con las mejores y más prósperas granjas de Las Praderas del Cielo. Era una mancha de maleza entre dos pedazos de tierra primorosamente cultivados y satisfechos. Las gentes del valle la consideraban un sitio de curioso maleficio, pues un suceso horrible y un misterio impenetrable habían tenido lugar allí.

Dos generaciones de Battles habían vivido en la granja. George Battle vino al Oeste desde el Estado de Nueva York, o desde más allá, en 1863; era muy joven cuando llegó: tenía exactamente la edad de la conscripción. Su madre le proporcionó el dinero para comprar la granja y construir la gran casa cuadrada. Una vez acabada la casa, George Battle quiso que su madre fuera a vivir con él. Aquella anciana, que creía que el espacio cesaba a diez millas de su aldea, trató de ir. Vio lugares mitológicos: Nueva York, Río y Buenos Aires. Murió más allá de la Patagonia y un vigía del buque la enterró en el océano gris con un pedazo de vela por mortaja y tres eslabones de cadena de ancla atados a sus pies; a ella, que había deseado la apretada compañía del cementerio de su aldea.

George Battle buscaba una buena inversión en una mujer. En Salinas encontró a Miss Myrtle Cameron, una solterona de treinta y cinco años con una pequeña fortuna. Miss Myrtle había sido Rinconada a causa de una leve propensión a la epilepsia, una enfermedad llamada entonces «espasmos» y atribuida generalmente al enojo de alguna deidad. A George no le importó la epilepsia. Sabía que no podía tener todo lo que quería. Myrtle se convirtió en su es-

posa, le dio un hijo, y después de tratar de quemar su casa en dos ocasiones, fue encerrada en una pequeña prisión particular llamada Sanatorio Lippman, en San José. Pasó el resto de su existencia tejiendo una simbólica vida de Cristo con hilo de algodón.

Luego, la casona de la granja Battle fue gobernada por una serie de irascibles amas de llaves, de esas que ponen este tipo de anuncios: «Viuda, 45 años, desea puesto de ama de llaves en granja. Buena cocinera. Opónese matrim.». Una a una llegaron y fueron suaves y tristes durante unos días, hasta que descubrían lo de Myrtle. Después de eso iban por la casa pisando con fuerza, los ojos relampagueantes, sintiendo que habían sido abstractamente violadas.

George Battle era viejo a los cincuenta años. Encorvado por el trabajo, desagradable y hosco. Sus ojos nunca abandonaban el terreno que había trabajado con tanta paciencia. Sus manos aparecían duras y negras y cubiertas de pequeñas hendeduras, como las huellas de un oso. Y su granja era hermosa. Los árboles del huerto se hallaban podados y cuidados, y cada uno resultaba la copia del otro. Las hortalizas crecían tersas y verdes en sus rectas hileras. A George le gustaba la casa y cultivaba el jardín delantero. El piso superior de la casa nunca había sido habitado. Aquella granja era un poema del hombre inarticulado. Pacientemente construyó su escena y esperó una Silvia. Jamás llegó Silvia alguna, pero el jardín siguió esperándola. Durante los años en que su hijo crecía, George Battle le prestó muy poca atención. Sólo los árboles frutales y las frescas y verdes hileras de hortalizas eran vitales. Cuando John, su hijo, se fue de misionero en una caravana, George ni lo extrañó siquiera. Siguió en su trabajo, encorvando año tras año su cuerpo sobre la tierra. Sus vecinos nunca le hablaban porque él no escuchaba cuando le dirigían la palabra. Sus manos eran permanentemente como garfios: se habían hecho receptáculos en los cuales los mangos de las herramientas

encajaban con toda precisión. A los setenta y cinco años murió de vejez y de tos.

John Battle volvió al hogar para reclamar la granja. De su madre había heredado tanto la epilepsia como el mal conocimiento de Dios. La vida de John se consagró a una lucha con los demonios. Había ido por los campamentos de asamblea en asamblea, invocando a los demonios y luego fulminándolos con palabras, exorcizando y despellejando el mal encarnado. Cuando llegó a su casa, los demonios todavía reclamaban su atención. Las hileras de legumbres se convirtieron en semillas, y contribuyeron voluntariamente unas cuantas veces; pero luego sucumbieron ante las malezas. La granja retornó a la naturaleza, mientras los demonios se hicieron más fuertes e importunos.

Para protegerse, John Battle cubrió sus ropas y su sombrero con pequeñas cruces de agua bendita y, armado así, se lanzó a la guerra contra obscuras legiones. En el crepúsculo gris se arrastraba por la granja provisto de un pesado palo. Atacaba la maleza, zurraba con su arma aquí y allá y profería maldiciones hasta que los demonios eran expulsados de su guarida. Por la noche, serpeaba entre los matorrales, sobre una congregación de demonios; luego se alzaba intrépidamente, golpeando rencorosamente con su arma. Ya de día entraba en su casa y dormía, pues los demonios no trabajan cuando hay luz.

Un día, mientras se obscurecía el ocaso, John gateó cuidadosamente por entre un arbusto de lilas, en su propio terreno. Sabía que el arbusto albergaba una secreta asamblea de espíritus malignos. Cuando estuvo tan cerca que éstos no podían escapar, pegó un salto y arremetió contra las lilas, sacudiendo su palo y chillando. Despertada por los cortantes golpes, una serpiente cascabeleó soñolienta y levantó su chata y dura cabeza. John dejó caer el palo y se estremeció, pues el anuncio seco y agudo de una serpiente es un sonido aterrador. Se puso de rodillas y oró un momento. Repentinamente gritó: «Ésta es la condenada ser-

piente. Fuera, demonio», y se abalanzó con los dedos crispados. La serpiente le hirió tres veces en la garganta, donde no había cruces que le protegieran. Luchó un instante y murió.

Los vecinos no le hallaron hasta que los cuervos comenzaban a desaparecer del cielo, y lo que hallaron les hizo sentir pavor por la granja Battle.

Durante diez años la granja quedó en barbecho. Los chicos decían que la casa estaba hechizada y realizaban excursiones nocturnas para asustarse. Había algo temible alrededor de la vieja casa deshabitada, con sus llamativas ventanas vacías. La pintura blanca se desprendió en largas escamas; las ripias se alabearon hirsutamente. La granja misma se volvió completamente montaraz. Y se convirtió en dueño un primo lejano de George Battle, que jamás la había visto.

En 1921, los Mastrovic tomaron posesión de la granja Battle. Su llegada fue repentina y misteriosa. Una mañana aparecieron allí un hombre viejo y su vieja esposa, gente extenuada, de prieta piel amarilla, tensa y brillante sobre sus altos pómulos. Ninguno de ellos hablaba inglés. La comunicación con el valle era llevada a cabo por su hijo, un hombre de elevada estatura con los mismos pómulos altos, cabello grueso rapado, que le nacía en la mitad de la frente, y ojos negros, apagados y sombríos. Pronunciaba el inglés con acento, y sólo hablaba de lo que necesitaba.

En el almacén la gente le interrogaba cortésmente, pero no recibía información alguna.

—Siempre creímos que ese lugar estaba hechizado. ¿No ha visto ningún fantasma todavía? —preguntó T. B. Allen.

—No —dijo el joven Mastrovic.

—Es una buena granja, claro, siempre que se le quiten las malezas.

Mastrovic se volvió y salió del almacén.

—Hay algo en ese lugar —dijo Allen—. Todos los que viven allí aborrecen conversar.

A los viejos Mastrovic se les veía raramente, pero el joven trabajaba todas las horas del día en la granja. Él solo limpió terreno y lo sembró, podó los árboles y los regó. A cualquier hora se le podía ver trabajando febrilmente, casi corriendo tras sus tareas, como si temiera la detención del tiempo antes de que se presentara una cosecha.

La familia vivía y dormía en la cocina de la casona. Las demás habitaciones estaban cerradas y vacías; las ventanas rotas, sin componer. Habían pegado papel cazamoscas en los agujeros de las ventanas de la cocina para que no entrara el aire. No pintaron la casa ni se cuidaron de ella en ningún sentido, pero gracias a los desesperados esfuerzos del joven, la tierra comenzó a embellecerse de nuevo. Durante dos años fue un esclavo del suelo. En el gris del alba salía de la casa, y tenía que apagarse la última luz del crepúsculo para que abandonara su labor.

Una mañana, mientras se dirigía al almacén, Pat Humbert notó que no salía humo de la chimenea de los Mastrovic.

—El lugar parece abandonado otra vez —dijo Allen—. Claro que nunca vimos a nadie sino a ese joven por aquí; pero algo malo ocurre. Lo que quiero decir, es que el lugar da impresión de estar desierto.

Durante tres días los vecinos observaron la chimenea aprensivamente. No les gustaba investigar y aparecer como tontos. Al cuarto día, Pat Humbert y John Whiteside se dirigieron hacia la casa. Estaba susurrantemente silenciosa. Parecía realmente abandonada. John Whiteside golpeó en la puerta de la cocina. Al no obtener respuesta ni ver movimiento alguno, dio vuelta a la manija. La puerta se abrió. La cocina estaba inmaculadamente blanca, y sobre la mesa había vajilla, platillos de potaje y huevos fritos y pan cortado en rebanadas. Sobre la comida se había formado moho. Unas cuantas moscas revoloteaban, sin rumbo, en un rayo

de sol, que se filtraba a través de la puerta abierta. Pat Humbert gritó:

—¿Hay alguien aquí?

Sabía que era un tonto al obrar así.

Registraron la casa minuciosamente. Estaba vacía. No había muebles en ninguna habitación, excepto en la cocina. La granja Estaba absolutamente desierta; la habían dejado así.

Más tarde, cuando se informó al comisario, éste no descubrió nada revelador. Los Mastrovic habían pagado la granja al contado; y al marcharse no habían dejado ningún rastro. Nadie los vio irse, y nadie los volvió a ver jamás. No hubo siquiera un crimen en los límites de la región para haber podido suponerlos víctimas. Repentinamente, en el mismo instante en que se disponían a sentarse para el desayuno, una mañana, los Mastrovic habían desaparecido. Muchas, muchas veces se discutió el caso en el almacén, pero nadie pudo ofrecer una solución razonable.

Las malezas brotaron de nuevo en la tierra, y las enredaderas de bayas silvestres treparon por las ramas de los árboles frutales. Como si la práctica la hubiera hecho experta, la granja retrocedió rápidamente al estado de selva. Fue vendida a una compañía de bienes raíces de Monterrey en pago de sus impuestos; y las gentes de Las Praderas del Cielo, lo admitieran o no, se convencieron de que la granja Battle soportaba una maldición. «Es una buena tierra —decían—, pero yo no sería su dueño aunque me la regalaran. No sé lo que ocurre, pero seguramente hay algo extraño en aquel lugar, algo tan pavoroso que no le resultaría difícil a nadie creer en aparecidos».

Un estremecimiento de placer recorrió a los habitantes de Las Praderas del Cielo cuando se enteraron de que la vieja granja Battle iba a ser ocupada otra vez. El rumor llegó al Almacén General por boca de Pat Humbert, quien había visto automóviles frente a la vieja casa. T. B. Allen, el almacenero, hizo circular la noticia ampliamente. Allen imagi-

nó todas las circunstancias que rodeaban la nueva posesión y las contó a sus clientes, iniciando todas sus confidencias con «dicen»:

—Dicen que el sujeto que compró la finca de Battle es una de esas personas que andan buscando fantasmas y escribiend sobre ellos.

El «dicen» de T. B. Allen era su protección. Lo empleaba del mismo modo que los periódicos emplean la palabra «afirmase».

Antes de que Bert Munroe tomara posesión de su nueva propiedad, circularon una docena de historias acerca de él por Las Praderas del Cielo. Sabía que las personas que iban a ser sus vecinos lo miraban a hurtadillas, como si él no pudiera sorprenderlos. Esta secreta observación llega al grado de un arte superior entre los campesinos. Ellos han visto todo lo que lleva encima y han recontado y aprendido de memoria las ropas que usted lleva, han notado el color de sus ojos y la forma de su nariz y, finalmente, han reducido su figura y su personalidad a tres o cuatro adjetivos, y todo el tiempo creyó usted que su presencia pasaba inadvertida.

Después que hubo comprado la vieja finca, Bert Munroe se puso a trabajar en el «supervegetalizado» terreno, mientras una cuadrilla de carpinteros rehacía la casa. Todos los muebles fueron sacados y quemados en el patio. Las paredes se empapelaron de nuevo y la casa volvió a techarse con ripias de asbesto. Por último, en la fachada se aplicó una nueva capa de pintura color amarillo pálido.

El mismo Bert cortó todas las enredaderas y todos los árboles del terreno, para dejar entrar la luz. En tres semanas la vieja casa había perdido todos los vestigios de su apariencia abandonada, hechizada. Con cuatro toques geniales se había logrado que se asemejara a cien mil otras casas del Oeste.

Tan pronto como la pintura interior y exterior estuvo seca, llegó el nuevo mobiliario: sillas rellenas, y un canapé, una estufa esmaltada, camas pintadas para simular madera

y que proveían una comodidad matemática garantizada. Había espejos con mareas festoneados, alfombras Wilton y reproducciones de cuadros de un artista moderno que había popularizado el azul.

Con los muebles vinieron Mrs. Munroe y los tres niños Munroe. Mrs. Munroe era una mujer regordeta que usaba lentes sin aro con una cintilla. Era una buena ama de casa. Repetidamente cambió de sitio el nuevo mobiliario, hasta que se sintió satisfecha y, una vez que había contemplado un mueble con mirada concentrada, cabeceando y sonriendo sucesivamente, aquel mueble se quedaba fijo para siempre; sólo podía moverse para su limpieza.

Su hija Mae era una bonita muchacha, de mejillas tersas y redondas, y labios rojos. Poseía una cara voluptuosa, pero bajo la barbilla había una linda y suave curva que indicaba una futura opulencia, como la de su madre. Los ojos de Mae eran cordiales y candidos; no inteligentes, pero de ningún modo tontos. Imperceptiblemente, crecía como una copia de su madre, una buena ama de casa, madre de niños sanos, buena esposa sin pena alguna.

En su nuevo cuarto, Mae pegó programas de baile en los cristales y en el espejo. En las paredes colgó fotografías enmarcadas de sus amigos de Monterrey y depositó su álbum y su diario cerrado en la mesita de noche. El diario ocultaba a los ojos curiosos una crónica insubstancial de bailes, fiestas, recetas de caramelos y ligeras preferencias por determinados muchachos. Mae compró y cosió las cortinas de su habitación, de una gasa teatral rosa pálido, para tamizar la luz, y una doselera de cretona floreada. Sobre su cubrecama de raso plegado, arregló cinco almohadones *boudoir* en posiciones de abandono, y apoyó contra ellos una muñeca francesa de largas piernas, cabellos rubios recortados y un cigarrillo de paño pendiente de los lánguidos labios. Mae consideraba que esta muñeca demostraba su amplitud de criterio, su tolerancia por ciertas cosas que no aprobaba del todo. Le gustaba tener amigas con pasado,

con historia, pues el poder escucharlas destruía en ella cualquier pesar por el hecho de que su vida hubiese sido impecable. Tenía diecinueve años y pensaba en el matrimonio la mayor parte del tiempo. Cuando salía con muchachos, hablaba de ideales con un poco de emoción. Tenía un concepto muy pobre de lo que eran los ideales; pero sabía que de alguna manera rigen la clase de besos que una recibe cuando regresa de los bailes.

Jimmie, de diecisiete años, recién salido del colegio secundario, era inmensamente cínico. En presencia de sus padres, su modo de ser era habitualmente adusto y reservado. Sabía, con su conocimiento del mundo, que no podía confiar en ellos, pues no lo comprenderían: pertenecían a una generación que no poseía ningún conocimiento del pecado ni del heroísmo. Una firme intención de entregar su vida a la ciencia, después de despojarla de posibilidades emocionales, no sería benévolamente acogida por sus padres. Por ciencia, Jimmie entendía: radios, arqueología y aeroplanos. Se imaginaba a sí mismo desenterrando jarrones de oro en el Perú. Soñaba con encerrarse en un taller semejante a una celda y, tras años de agonía y ridículo, emerger con un aeroplano de nuevo tipo y velocidad devastadora.

El cuarto de Jimmie en la nueva casa se transformó inmediatamente en un alboroto de máquinas. Tenía un equipo de radio a galena con auriculares, una magneto a mano que operaba una llave telegráfica, un telescopio de bronce e innumerables aparatos, en parte desarmados. Jimmie tenía también un depósito secreto, una caja de roble cerrada con un pesado candado. En la caja había media lata de cartuchos de dinamita, un revólver viejo, un paquete de cigarrillos Melachrino, tres estampas llamadas Viudas Alegres, un frasquito de aguardiente de melocotón, un cortapapeles en forma de daga, cuatro fajos de cartas de cuatro chicas distintas, dieciséis lápices de labios birlados a compañeras de baile, una caja que contenía recuerdos de amores co-